
Imagen de la mujer en la Telenovela

YOLANDA OSUNA



"En un mundo hecho a la imagen de los hombres, la mujer es sólo un reflejo de la voluntad y querer masculinos".

Miro una fotografía de apenas seis años atrás y veo a una mujer entre rejas, acusada del delito de rebelión militar. Miro a mi alrededor y veo a cientos de mujeres abordando el autobús, tras la jornada de trabajo doméstico o burocrático; a jovencitas estudiantes, a activistas políticas, a jóvenes prostituidas, a trabajadoras de la ciencia y del arte, y me pregunto ¿cómo son?, ¿qué respuestas dan a sus vidas, tan diferenciadas? Miro la televisión y veo en la telenovela una imagen unilateral y homogénea de la mujer: ama de casa, rodeada de comodidades, debatiéndose en un eterno conflicto amoroso. No encuentro a las otras mujeres del país, en otras actividades, fuera del clásico "rollo". Recuerdo: en una ocasión tuve la oportunidad de compartir una celda de la DISIP, con tres indocumentadas colombianas. Lo único que a ellas les habían permitido, era un pequeño aparato de radio. En su temeroso hermetismo, sólo se permitieron conversar conmigo sobre la radio-novela y la telenovela. Les gustaban porque, "la vida es así", "porque dicen la realidad" y "además le enseñan a uno cómo debe hacer" . . . No fuimos muy lejos en la charla, pero me quedó siempre la impresión interrogante sobre eso que se aprende en estos nuevos géneros narrativos populares, y sobre todo, supe medir la importancia que los medios de comunicación tienen en el reconocimiento de nuestro modo de ser latinoamericano y en el acondicionamiento mental a patrones interesados.

Nunca he encontrado, en nuestra telenovela, la heterogénea representación de la mujer —no se diga latinoamericana—, venezolana, que debiera marchar acorde con los significativos procesos históricos del Continente y, en Venezuela, con el desenvolvimiento de nuestra "joven democracia". En 25 años, (partamos de allí), es imponderable el desarrollo de las innovaciones en los medios de comunicación audiovisuales. Paradójicamente, es en exceso ponderado el cambio en los programas de distracción que los alimentan y particularmente en las telenovelas. Creemos que se están desperdiciando los recursos tecnológicos para orientar a una audiencia —en continuo crecimiento—, hacia nuevas concepciones de vida, y también, para poner a funcionar en los espectadores, sobre todo la telenovela, otros códigos, no mecanizados por el lenguaje unilateral y por la imagen unidimensional de la mujer.

El epígrafe que tomo de Octavio Paz, (1) conduce mi reflexión hacia una explicación clave sobre la imagen de la mujer en la telenovela, que en lenguaje cotidiano podría resumirse como un "así son y así las queremos". Sin embargo, la interpretación no es tan simplista, ni se ha llegado a esa convicción gratuitamente. No hace falta repetir la secular división de los roles por sexo, acentuada con el desarrollo de la propiedad privada y con la división del trabajo, (desmentida esta última, en los casos de emergencia bélica, cuando las mujeres han sustituido a los hombres en sus puestos de trabajo). Pero sí es pertinente recordar que ese **sexismo** universal (2), marcha de brazo con la ideología dominante, en nuestras formaciones sociales dependientes latinoamericanas, y se hace presente, en las diversas formas de creación artística, de investigación científica, de comunicación social y de interacción cotidiana: relaciones sociales, de trabajo, políticas, de pareja, etc.

Las relaciones de pareja son el tema privilegiado por la telenovela. El esquema, con pocas excepciones, se estructura sobre la fórmula tradicional de trama, conflicto, desenlace. El conflicto es generado por la presencia de "la otra", en el matrimonio; o por el obstáculo socio-económico del joven que se enamora de la trabajadora doméstica o con cualquier oficio no "diplomado".

De estos dos estereotipos podemos inferir los valores que entran en juego en la representación de la telenovela y que, de modo subliminal van a impresionar el cerebro del espectador, hasta convertirlo —por repetición y por pasividad receptiva— en entes mecanizados, cuyo destino último será la incapacidad para disentir y el afianzamiento de una visión unilateral del mundo.

Entre las recomendaciones de la Comisión Asesora de Televisión, creada en julio de 1980, se lee: "c) Respecto a lo "venezolano", no debe reducirse solamente a lo folklórico, sino ampliarse a la concepción de valores presentes en la vida cotidiana" (3). Nada más cotidiano que los problemas, amorosos de pareja, pero ¿son ellos los únicos perturbadores?; y aun admitiendo el lugar común, es importante observar la vida de los valores en la interrelación humana, ante los problemas vitales y como conciencia social funcionando en los diferentes estratos sociales.

Apliquemos la recomendación a la telenovela y veamos cómo se cumple su mandato, en la

imagen de esa incuestionable transmisora de valores, la mujer. Desglosemos a grandes rasgos y tratemos de explicarnos, de comprender esa imagen:

—Mujer clase media, estabilizada por el matrimonio con hombre de negocios, o profesional apuesto.

—Profesión: ama de casa. Las que poseen una profesión liberal, no la ejercen, absorbidas por el hogar, o por clara prohibición del marido.

—Encargadas de mantener los rituales internos de la "familia unida" y los externos, de figuración social que preserva la imagen del marido.

—Movilidad, restringida a la especialidad del hogar "full-equipo", cónsono con las pautas del consumismo; y extensiva a las que impone el grupo social.

—Tiempo, suficiente para la práctica de la chismografía, el ocio sedentario y esclerosante; la inmersión en el melodrama conyugal.

—Preocupación fundamental, la moda y el maquillaje para mantener atrapado al marido; de ello se infiere el tipo preferido de lecturas.

Actitud ante el conflicto, derrumbe total, histerismo agudo, pérdida de la identidad dignificante; ausencia de alternativas para una realización autónoma, por completa dependencia económica.

"La otra", aspira a sustituir a la esposa; tan joven y bella como ésta, veinte años atrás. Diferencias y progresos: está "liberada" sexualmente; acepta el rol de retroalimentar las cansadas energías del hombre en la andropausia; acepta los costosos regalos del abuelo que la corteja y viene siendo su suegro.

Tanto "la otra", como la "ingénua", son muchachas pobres, de procedencia desconocida, que por obra y gracia de la corta imaginación de los escritores de telenovelas, entran a integrarse al status, mediante el matrimonio y la herencia de la nueva clase.

En estos tipos de mujeres están, al mismo tiempo, encarnados los valores de nuestra sociedad: obediencia, amor, fidelidad, paciencia, resignación y toda la lista de virtudes teologales que no cesan de multiplicarse en la compleja vida moderna. Valores tanto más relativos cuanto mediatizados por esa forma invisible —que en los cuentos de caballería era la espada preservadora y castigadora— que constituye el verdadero motivo del conflicto: el Poder. La telenovela por lo general, no plantea un conflicto de valores, sino una lucha por mantener el poder. Y es así como la imagen de la mujer, se convierte en un factor ideológico de innegable contenido político.

A la ingénua respuesta de las compañeras colombianas, citada arriba, se ha de parecer la de miles de mujeres venezolanas. Sin datos estadísticos que lo confirmen, la presunción surge del carácter mismo de la relación comunicacional: la función primordial de los medios, es informar y formar. Esta función doble, padece uniformidad total en la telenovela: basta ver una y ya sa-



bemos qué sucede en todas. ¿Y dónde está lo político?: diluido en las relaciones patriarcales cuya forma más común se expresa por el machismo destinado a mantener la sumisión de las mujeres y la integridad de la institución familiar. Esta, a su vez, se enlaza con las relaciones del Poder Político que necesita la uniformidad de criterios y opinión, la conformidad con una única concepción de la vida, para mantener su dominio. Por último, la cadena se cierra con las relaciones económicas, donde el autoritarismo empresarial impone la pasividad del trabajador de cualquier categoría, para preservar los intereses de la organización económica-política-social. Y el engranaje funciona en círculo cerrado.

En 1981, se laboró un documento titulado "Sugerencias sobre el género telenovela"; en él se exponen ideas sobre la temática, el tratamiento y los recursos dramáticos utilizados. Sobre temática sugieren, "temas históricos, con énfasis valorativo en lo nacional y temas de actualidad, tales como petróleo, conservación de recursos naturales, consumo-familia". (4) Sin embargo, la imagen de la mujer en la telenovela de entretenimiento es generalizadora y excluye a otra mujer venezolana, poseedora de valores más edificantes. En la telenovela histórica (de la cual José Ignacio Cabrujas es el mejor logro con su GOMEZ I y II), la mujer aparece en la diversidad de situaciones que se derivan de la realidad fielmente representada: convalidando públicamente el machismo visceral del dictador, sufriendo entre paredes la humillación competitiva de ser objeto entre otras; atropellada sexualmente por el ventajismo político y vejada por el intento de rebelión sentimental o ideológica; apenas discretamente, colaborando con los opositores, debido al doble cerco: familiar y político.

En cuanto a las obras maestras de nuestra literatura, llevadas al rango de telenovelas, tomemos a DOÑA BARBARA y encontraremos que el paradigma estático del sexismo dentro de una sociedad cambiante y heterogénea, está centralizado en el poderoso hombre, anulador de las potencialidades femeninas: Santos Luzardo logra "cazar" a la ágrete Marisela, para hacerla a imagen y semejanza de las mujeres de su clase, digna de su elección. Ya Don Rómulo Gallegos —respetable escritor— tenía claro el proyecto ideológico de la democracia representativa que condiciona el cambio social a la sola educación, en connivencia con el predominio de la propiedad "alambrada" y el mesianismo de las etnias civilizadas. El arquetipo indígena, desafiante y autónomo de la "guaricha", es avasallado por Santos Luzardo que recupera las tierras sin luchar, por el expedito medio del matrimonio con la descendiente de un antiguo terrateniente. La mujer que se rebela ante la violación sexual y las leyes impuestas por la fuerza del Poder, está condenada al hundimiento en el tremedal, a la desaparición. No creemos arriesgado localizar en esta novela la repetida imagen de la mujer sumisa, incapaz de su desarrollo orgánico, mantenida durante los 25 años de democracia, a través de los medios de comunicación de masas.

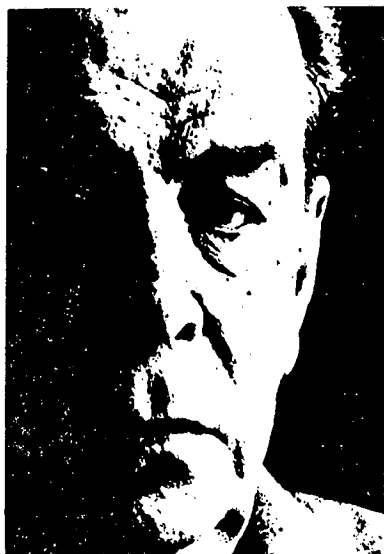
No cabe duda de que en estos 25 años las innovaciones tecnológicas de los medios han modernizado el producto telenovela; pero en sí mismo, ello no garantiza ningún cambio que favorezca al espectador, en cuanto ponga a funcionar su imaginación, o provoque reacciones no mecanizadas de aceptación ante un lenguaje y una temática disecados y empobrecidos.

En cuanto a los recursos dramáticos, se lee en el citado documento: "Una etapa nueva y moderna de la telenovela parece imponer la ruptura con recursos ficticios: Ya no será necesaria la tensión que produce el equívoco . . . sino la reflexión sobre el hecho real tendrá suficiente fuerza como para capturar al espectador". (5).

Y precisamente, lo que le está haciendo falta a la telenovela, para una verdadera renovación, es la imaginación al servicio de un género que no termina en la producción misma, que es capaz de estimular y enriquecer la imaginación de los espectadores en variadas dimensiones, aun la estética.

En cierto que la realidad histórica de nuestro Continente ha sido y es tan alucinante, como la más fantástica fábula, de allí el éxito de las telenovelas históricas, escritas con sensibilidad y talento, pero ¿por qué no usar lo ficticio de calidad, en la telenovela de entretenimiento? ¿Por qué esa insistencia en dejar a la audiencia metida en sus propios problemas, en el mundo sórdido de las rencillas y melodramas? ¿Es que no tiene derecho a percibir un mundo dramático, pero lleno de fuerzas nobles presentes en el hombre?

Creemos que los grandes dramaturgos y mejores escritores que han pasado a trabajar con las empresas televisoras, encontrarán enormes limitaciones para esas aspiraciones; no percibe el esfuerzo no rebasado, ante la pauta empresarial bajo el fetiche del rating. Tal vez por eso percibimos que tanto la señora de Cárdenas, como Natalia o Isabel Cristina Rondón Valdivieso, aunque



atenuan la voz, no rompen la cuerda que las ata como vacas al botalón masculino; no saben enfrentarse solas a los problemas y buscan como solución a otro hombre.

Sin embargo, sería injusto dejar de señalar aspectos renovadores en algunas de las últimas telenovelas. Tomemos LA MUJER SIN ROSTRO, de J. I. Cabrujas y Julio César Mármol. Hay una diferencia notable, con respecto a telenovelas anteriores, en cuanto al tratamiento dramático. El tema es el establecido conflicto de pareja, pero ya fuera del consabido triángulo; abarca fragmentariamente a un grupo social-otro y a una nueva especialidad; las contradicciones de la pareja se dan en dimensión diferente a la tradicional. El Comisario Trenard, de alta categoría profesional, representa al verdugo institucional, que perdió a su bibelot (la primera esposa), en gajes del oficio. Isabel Valdivieso, su segunda esposa, es de extracción popular: Cristina Rondón en su contexto primario. Pensamos que la elección no es gratuita, por parte de un dramaturgo como Cabrujas, que desde el inicio de su carrera ha tenido preferencia por el desarrollo de un teatro de corte histórico, y que sabe transformar la realidad en ficción. Bajo la personificación de la pasión del policía Trenard por la "justicia", el espectador puede intuir más de lo que percibe: no se nace con alma de policía, se estructura una conciencia policiaca que en Trenard se expresa como pasión ciega por la justicia, hasta el punto de negar su propia decisión de ser sensible; en busca de una racionalidad absoluta, el policía se convierte en un ser singular. Cabrujas y Mármol nos entregan, de esta manera, una realidad histórica y política en forma indirecta. En Trenard, encarna el vicio de las "virtudes" que acompañan al poder político y las contradicciones morales de un hombre que representa toda una realidad vital de nuestro medio represivo hasta el hueso. La esencialidad del Comisario Trenard es la de toda una organización armada-paramilitar, que ha jugado un papel fundamental en el mantenimiento de nuestras democracias latinoamericanas. La sabiduría de nuestro mayor dramaturgo Cabrujas está en esa capacidad —aprendida de Shakespeare— de plasmarse en la intimidad del hombre, el acontecer público.

La fuerza que desencadena el conflicto de la pareja radica, por una parte, en el irrespeto y el quebrantamiento de una de las virtudes femeninas: la mentira para burlar la persecución. El poderoso señor no comprende que la necesidad de redimirse la mujer, haya revertido en deseo de redimir el dolor del macho herido por la viudez. No puede comprenderlo sino como engaño, porque su mente acondicionada, no admite el amor de esa borrosa imagen que subyace como "presa" y que pone a funcionar los reflejos defensivos del perseguidor. Cristina pertenece a esa imagen grupal, junto con Jairo e Ismael y Belkis Urdaneta, que tiene que abrirse paso a la fuerza para cubrir necesidades prioritarias. No es función del drama analizar ni explicar en detalle las

condiciones sociales de esos grupos, pero queda implícita en esta telenovela, la representación del destino que, en la sociedad actual, les corresponde. De ello solamente está clara la madre de Isabel Cristina Rondón quien mantiene hasta el final su posición radical, de no mezclarse con su enemigo natural: el policía, el perseguidor, el represivo Comisario Trenard. Es ella quien sostiene la plomada de la tensión dramática, más allá de las apariencias perceptibles; hay en ella el esbozo de una nueva imagen de la mujer venezolana.

Cristina Rondón teje la trama que trasciende lo meramente individual y encarna el "miedo colectivo" a una justicia ciega. Pero el sexismo la convierte no sólo en perseguida, sino en fatal medio o instrumento para consolar al Comisario. Amante, sacrificada, prudente, sufre en silencio el miedo que le impone la sociedad entera; pese a su ostensible objetivación de mujer liberada y ama de hogar independiente, en ella se reiteran la voluntad y el querer masculinos: dependiente económicamente de su marido; castrada en su realización total, puesto que estudió y no ejerce ninguna profesión; degradada por el hombre a quien se ha sacrificado. Conserva los rasgos de dignidad que le sembró el hogar pobre, pero aguanta callada y sufre el derrumbe de la ilusión de ser redimida por el amor a su enemigo y por el repudio de un sector social al que no pertenecía. Reconocida su inocencia, no tiene alegría para gozar su libertad, la acusa la duda de una ruptura definitiva y sencillamente huye; de nuevo huye, ratificando el célebre cintillo asignado que reza, "la mujer perdona pero no olvida"; y ratifica su atadura a la última forma de vida, en la reiteración del desamor a Ismael . . . En fin, concesiones al rating empresarial? Es posible, pero hay grandes pasos en esta telenovela, en cuanto a dar una imagen diferente de la mujer venezolana. Difícilmente —supongo— pueden ir muy lejos los escritores que intenten revolucionar el género telenovela, cuando sobran sucesores de Corín Tellado, e innovaciones que convierten en grotescas las relaciones de pareja y premian la violación con el dinero del azar y el amor de la humillada: ficción de la peor que cierra nuestra reflexión: no encontraremos en la telenovela —por ahora largamente— la verdadera imagen de la mujer venezolana, puesto que la producción está ligada a fuertes intereses económicos y a una ideología específica y dominante. Asumir conscientemente nuestra autonomía, hasta alcanzar la respuesta política, es la única vía posible e igualitaria. □

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

NOTAS.

- 1.- PAZ OCTAVIO: EL LABERINTO DE LA SOLEDAD.
F.C.E. México, 1959, p. 32
- 2.- Tomamos el concepto de **sexismo**, del trabajo multigráfico de CARLOS MONSIVAIS: "Sexismo en la literatura mexicana" . . . "Qué tantas cosas es el sexismo? Es una ideología que se basa en las necesidades y valores del grupo dominante y se norma por lo que los miembros de este grupo admiran en sí mismos y encuentran conveniente en sus subordinados: agresión, inteligencia, fuerza y eficacia en el hombre: pasividad, ignorancia, docilidad, "virtud" e ineficiencia en la mujer . . ."
- 3.- PRIMER TALLER-EXAMEN DEL GÉNERO TELENOVELA. Limitaciones y posibilidades. Despacho de la Ministro de Estado para la Participación de la Mujer en el Desarrollo, Venezuela 1983. p. 13
- 4.- Ibid. p. 15
- 5.- Ibid. p. 15, citado de "Sugerencias sobre el género Telenovela", abril, 1981 p.2.